

el gran profeta Mahoma que dirige hoy así mis asuntos, poniéndoos tan á mi disposicion para poder hacer lo que tanto tiempo há deseaba y no he podido poner en ejecucion; pero ahora, que el tiempo y la oportunidad se me vienen á la mano, es preciso sepais lo que quiero hacer, y por qué os he puesto en tal estado. — La pobre Señora, llena de sorpresa, y viéndose así maltratada, pedia gritando auxilio, y amenazaba al moro furiosamente, diciéndole que su Señor sabria castigarle como merecía un atentado semejante. — Vuestro marido, dice el bárbaro, hará lo que pueda, y se vengará del que se halle bajo su poder; pero mientras tanto vos seréis partícipe de mi raza. — ¡Có-

mo, bárbaro! ¿Qué dices, perro judío? ¡Yo tuya! repone su Señora: ¡mónstruo, traidor, infiel! primero sufriré ser hecha pedazos. ¡Dios mio! ¿cómo sufres que este malvado viva en compañía de los hombres que te aman y reverencian? — Habéis arengado muy bien, dice el moro burlándose con una falsa sonrisa; pero el profeta es el que lo quiere así, para que me vengue de todos los ultrajes y malos tratamientos que he sufrido de vuestro marido, á quien yo antes que llegue la noche haré echar los bofes de pena, de desesperacion y de angustia. — Y propasándose á lo que no debia con su ama y señora, la desató de la columna, aseguró sus manos

atándose las á la espalda; y teniéndola ya así sin acción, fue atropellada por aquel bárbaro.... ¡Qué espectáculo tan triste y tan lamentable el de ver á una muger virtuosa y de su clase violada por un esclavo, gritando como una loca en compañía de sus tiernos hijos, que al verla tan afligida unian sus gritos á sus clamores con tal dolor y desconsuelo, que las personas mas insensibles hubieran tenido compasión de aquellas inocentes víctimas, que parecia preveían la desgracia que no tardó en poner fin á sus preciosas vidas. Los habitantes de la aldea tuvieron intenciones de entrar para saber la causa de aquellas voces; pero viendo levantado

el puente, al moro en la ventana, y oyendo quejarse á la Señora, no supieron qué juicio hacer, y resolvieron al fin que uno de ellos fuese sin dilación á participar esta noticia al Señor, que estaba bien lejos de pensar en la escena lastimosa de su esposa y de sus inocentes hijos.

La pobre Señora, cuyo nombre era el de Rosalta, viéndose violada, exclamaba entre sollozos, diciendo: ¿Es posible que yo he de haber sido tan celosa en guardar mi castidad para venir á ser víctima de este perro moro que me ha deshonrado con tan grave ofensa de mi leal esposo? ¡Ah, mi querido Rodrigo! ¡qué dolor vas á sufrir cuando sepas que tu fiel espo-

sa ha sido tan indignamente tratada! Pluguiese á Dios que te hallases aquí para castigar á este infame esclavo de un crimen semejante! Dios mio, tened compasion de esta desgraciada, que sin ofenderos con su voluntad, ha sido delincuente por la violencia de este mónstruo. Libradme, Señor, al menos de las garras de este lobo, y entregadme al que me habeis dado por dueño. — Sí, llama, invoca á tu Cristo, dice el moro, si piensas que antes que venga no he de poder yo tener tiempo para hacer lo demas que para mi placer he meditado. — ¡Oh animal feroz, bárbaro, inhumano! dice la infeliz Rosalta: acaba, acaba por quitarme la vida, ya que has dado tal

principio á tus atentados, arrebatándome el honor que tanto he apreciado: no estarás tú tan dispuesto para darme la muerte como yo para recibirla; pues ya no me puede ser grata la existencia, despues de haber perdido lo que mas apreciaba en este mundo. ¡Qué dirás tú, esposo mio, cuando sepas que un ser tan vil y despreciable ha mancillado el honor de tu muger? — Lo llevará con la misma paciencia y resignacion que vos, responde el moro; y desposeido ya de toda humanidad y consideracion, llegó á intimidarla con amenazas de tratarla aun con mas rigor si no cesaba de gritarle de aquella manera á sus oidos. — Sí, obra lo peor que puedas: mátame,

le dice, hazme pedazos; pues no deseo otra cosa para dar un alivio á mi pena. — La muerte, replicó el bárbaro moro, no está á tu elección sino á la mia, y te la daré cuando me parezca, atormentándote antes tan suavemente como tu marido trata á los que le sirven. — Ya entonces Rosalta conoció, que si Dios no la amparaba, era llegado el término de su vida, y levantando los ojos al cielo, recomendó á Dios su alma, haciendo confesion de sus faltas con la mas tierna contricion y derramando copiosas lágrimas; de lo que aquel bárbaro ateo no hacia mas que burlarse, diciéndola que no cesaria de martirizarla ínterin no llegase su Mesías en su socorro. —

Rosalta, dirigiendo la vista á sus tiernos hijos, entre sollozos y suspiros que la arrancaban el corazón, decia: ¡Ah hijos míos! ¡qué mal he cuidado de vuestra existencia conduciéndoos á un sitio que os va á servir de último suplicio, y de vuestra ruina, debiendo ser de vuestro recreo cuando por nuestra muerte hubieseis gozado de estas riquezas! Este será el tirano, segun veo, que por la muerte os conducirá á la herencia del cielo, mas preciosa ciertamente que la temporal de este mundo miserable; mas ¡ah! no segun nuestros deseos, que pensábamos reservaros para otro fin que el de servir de venganza á este maldito perro enemigo de la religion

cristiana. Ya no seré yo la que os educará con tanto esmero en adelante para procuraros grandes cargos en la corte, ni sereis el apoyo de mi vejez, ni el placer de vuestro amado padre en su edad avanzada. ¡Ah, fortuna enemiga de toda conveniencia y estabilidad! ¡cómo corres sobre los inocentes! ¡cómo anulas el placer de los hombres de bien para prodigar tus favores al traidor y al malvado! Tú eres la que sin leyes ni justicia, y caminando sin orden, has destruido el estado de mi casa, haciéndome cautiva de un esclavo hasta el extremo de sentir el mismo pudor la violencia de semejante servidumbre. ¡Ah, pobres niños! si al menos

con mi muerte pudiera aplacarse la rabia de este mónstruo, y dejáros en libertad, yo le pondria gustosa bajo la cuchilla mi garganta, para ver el fin de una vez de mis cuidados y de mi vida. Pero ¡oh, Dios mio! esto es en lo que menos piensa ese mónstruo; pues veo que vosotros, inocentes, tendreis la misma suerte que yo. — Diciendo estas palabras, besaba sus hijos, que se le acercaban, con tal dolor y ternura, como la que tendria cualquiera madre si la desgracia la condujera á semejante infortunio. Los niños gritaban rodeando á su pobre madre, y abrazándola tiernamente la enjugaban sus lágrimas: hacian tal ruido, acompañándola en sus lamentos,

(122)

que la gente al oírlos no podía menos de enternecerse de compasión; y si la pobre Señora no hubiera estado atada, puede que la misma desesperacion la diera espíritu y fuerza para impedir que el moro la maltratase; pues le hubiera abogado, ó quitádose ella misma la vida; pero estaba sin accion, y no podía hacer otra cosa que maldecir á su verdugo, y lanzar suspiros y clamores al aire.

Mas volviendo á nuestra historia, estándose lamentando la desgraciada Rosalta de su próxima é inevitable muerte y la de sus inocentes hijos, hé aquí que llega Ervizano, su esposo, con todo el furor que es de imaginar, sabiendo el triste estado en que su

(123)

querida Rosalta se hallaba con los niños, y jurando y maldiciendo su desacierto en haber dejado al bárbaro moro solo en casa, nó ignorando que tal canalla jamas piensa ni obra bien, y menos cuando creen haber recibido alguna injuria. ¡Ah, pícaro traidor! decia el pobre marido: si yo te llego á coger, te juro que he de hacer un castigo tan ejemplar, que nunca se borraré de la memoria de los esclavos: creyó poder lograrlo al momento, haciéndole abrir la puerta, disimulando su ira; sin embargo de que jamas hubiera pensado que el moro habia tenido el atrevimiento de tocar á su muger ni á sus hijos; pero se equivocaba; pues ya el atrevido esclavo

habia faltado á todos los respetos que debia á sus amos.

Llega, pues, al castillo, llama y no se le responde; y vomitando ya espuma en fuerza de la cólera que le animaba, prorumpió en amenazas, diciendo: Yo te aseguro, infame esclavo, que antes que llegue la noche te he de enseñar el modo con que se debe tratar á un perro judío que obra así con su Señor: te he de poner tan alto, que te han de ver los demás moros á veinte millas desde sus galeras y navíos: abre pronto; pues si me obligas á usar de la fuerza, te he de hacer ver quien soi yo, para escarmiento de los de tu jaez. Dijo tantas espresiones por este estilo, tan fuera de sí, que no pare-

cia sino un leon, y la cólera le alteró tanto, que se le puso la lengua balbuciente, y apenas se le entendia una palabra; pero aun se irritó mas cuando vió la insolencia de aquel despechado esclavo, que meneando la cabeza desde una de las ventanas del castillo, y con una sonrisa burlona y serena como si fuese el señor, le respondió: Basta, basta, serenad vuestra cólera, y decidme ¿por qué os quejais? ¿en qué os creéis ofendido para gritar tanto? ¿por ventura os figurais que yo soi algun tronco sin el menor sentimiento para no acordarme de los golpes tan desmesurados que me habeis dado por una falta ligera? No, no: yo os haré ver y conocer que

tengo corazon y medios de vengarme de quien me ofende , á pesar de que la suerte me haya hecho esclavo de vuestra tiranía; y para que sepais el deseo que tengo de corresponderos, os digo : que si ahora os tuviese en mi poder , como los que tengo aqui encerrados, os haria conocer el provecho de maltratar tan cruelmente á un esclavo ; pero ya que no me sea posible tomar la venganza sobre el mismo que me ha ofendido , y dar á mi corazon el placer de satisfacerle de la crueldad de un señor sin humanidad , los que tengo bajo mi dominio sufrirán la penitencia del rigor que vos habeis tenido , y morirán vuestros hijos en desagravio de las injurias que me

habeis hecho : en cuanto á vuestra muger , para dejaros un perpétuo dolor , sabed que la he deshonorado para vuestra infamia y castigo. — El caballero Ervizano , apenas oyó esta relacion de aquel monstruo , se enagenó de rabia , en tales términos , que empezó á golpearse y arañarse el rostro por no poderle dividir el corazon al esclavo en mil pedazos. — ¡Ah, desgraciado , le decia! ¿es posible que tú has de haber tenido el atrevimiento de atropellar á mi esposa? Tú te has vengado de mí cometiendo ese atentado ; pero si Dios me concede la fortuna de echarte la mano , jamas se habrá visto castigo mas sensible que el que has de recibir. — Queriendo seguir con

sus juramentos y clamores , le interrumpió el moro, mas endiablado que Hércules cuando mató á su muger durante su furor , y le dijo: Ervizano, no creas pienso atormentarte solo con lo pasado; pues quiero aun hacer tanto , que la vida misma te ha de ser penosa al ver las ruinas y desgracias que van á caer sobre tu familia y tu casa ; y apenas pronunció estas palabras , cogió á su hijo mayor y le arrojó por la ventana. Este infeliz niño se golpeó contra las peñas, en tales términos , que cuando llegó á los fosos ya iba hecho pedazos , y así cayó á vista de su infortunado padre. Entonces fue cuando su triste madre exclamó en alta voz , diciéndole : ¿No

te bastaba , tirano abominable , haber deshonrado á la madre y ofender al padre , para ir á hacer semejante carnicería de estas inocentes criaturas? Ven , ven , lobo hambriento , y sácia tu rabia en esta miserable que no desea ya mas que sufrir igual crueldad de tus manos para no ver destrozadas sus entrañas con la muerte inhumana de sus hijos. — El moro no hacia mas que reir y burlarse de estos clamores , lo que fue causa de irritarse mas y mas la pobre Señora , y de que gritase llena de furor y bramando como una leona encadenada al ver arrebatarse de su lado á sus hijos. El caballero Ervizano , al ver precipitar á su adorado hijo , no pudo ser superior á su dolor , y

cayó trastornado: sus criados le socorrieron como pudieron, y lograron que volviese en sí: el moro que lo vió, le dijo riéndose á carcajadas: ¡Cómo! ¿es ese el modo de tomar un castillo? Los valientes no se desmayan al primer contratiempo; pues si no teneis espíritu para ver uno por tierra, menos le tendreis para los demas que os voi á regalar: esto es nada aun; pues vais á ver bajar los otros con igual precipitacion. — Su Señor, impaciente por la vida de su esposa y de los demas niños, se repuso un poco en la apariencia, y tratando de ganar al pícaro moro para evitar que ejecutase los horrosos asesinatos con que le amenazaba, y que ya habia principia-

do, le dijo con dulzura: Moro, basta lo que has hecho hasta aquí; no trates de tomar mayor venganza de una falta que he cometido contigo, asegurándote del perdon en los términos que quieras y me pidas. Muévate á piedad tu pobre Señora, y no la hagas sufrir mas por la falta que yo solo he cometido; pues es inocente y no tiene culpa alguna: deja esos inocentes niños sin malicia ni delito, y que en nada te han ofendido: yo solo soi la causa de todo, y te daré la satisfaccion que quieras para disipar tu justo enojo: tranquilízate y no te encarnices mas con esos infelices que te quedan. Mira lo que haya mas precioso en mi casa, oro, alhajas y todo cuan-

to te acomode; llévatelo á donde quieras, y no quites la vida á mi esposa y á mis hijos; pues en agradecimiento te perdono todo lo demas que has hecho. — ¡Bello papagayo para una jaula! pero no creais que me reduce toda esa parla: ¿pensais que si yo hubiera pretendido permanecer en vuestra casa y fiar en vuestras palabras, habia de haber emprendido lo que pienso realizar? No, estad seguro de mi resolucion, y de que voi á haceros ver el resto de la tragedia con la misma bizzarria que me la habeis visto empezar. — ¡Ah, moro! ¿es posible que no te ha de conmovier el triste estado de un marido y de un tierno padre que implora tu compasion? ¿eres aca-

so tigre, leon ni lobo hambriento para poder complacerte en destrozar á inocentes corderos para matar el hambre? Acuérdate de que eres hombre, y que yo soi el que te ha mantenido y conservado tantos años sin maltratarte. ¿Quieres tú se diga que por una sola falta eres tan cruel que no has querido disimulársela á tu Señor? Si tú estuvieses en situacion de socorrerme en una necesidad, veo que no me harias este favor; pues que me le niegas para los que en nada te han ofendido.

El bárbaro moro, tirano endiablado, fingiendo le mueven estas palabras tan llenas de ternura y dolor, dice á su Señor: si que-reis que yo dé fe á vuestras pro-